NELSON TRABA

LAS ESCRITURAS DEL AGUA

Las escrituras del agua

Nelson Traba



Nelson traba

Las escrituras del agua



Nelson Traba

Nace en Campodónico, Uruguay, en 1967.

Ha publicado *Agua antigua* (Editorial Voces, Bella unión, 2007), *Agua de los ahogados* (Estuario, Montevideo, 2012), *Cuando esté muerto* (Editorial Mental, Montevideo, 2014), *Treinta y tres azoras* (Hanam Harawi editores, Lima, Perú, 2015), *Miércoles de semillas* (Hanam Harawi editores, Lima, Perú, 2016), *Nelson Traba y los espectros* (CD de música y poesía, junto a Greg Cheynet. Yaugurú, Montevideo, 2016). En 2018, junto al peruano Willni Dávalos, publican *ZÚRIÁK* (Yaugurú, Montevideo). Este año publicó *Cuaderno de poéstica* (Fallidos Editores, Medellín 2020).

Participó en las ediciones colectivas, *Seis de copas (*2008) e *Invasión* (2010), Editorial Voces, Bella Unión.

Su libro *Los elogios*, inédito, obtuvo el primer premio de poesía en los premios nacionales de literatura MEC, 1989.

Las escrituras del agua

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Corrección de estilo: Katherine Lourdes Ortega Chuquihuara
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García
Fotografía: Jairo Rojas

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

LAS ESCRITURAS DEL AGUA

Aquí yace el que escribió sobre el agua
John Done

Agua antigua

No será posible conocer los motivos,
cada encuentro es una confirmación
de los azarosos golpes del destino.

Descubrimos la necesidad de redimir la vista
a los pájaros del alba,
para que sean quienes hagan de vigía.

En la noche, nos guiarán las mariposas
que descienden de los montes
y acompañan el paso de los condenados al olvido.

Perdido el sabor de los labios,
de la saliva de la tarde, de luces con aroma a veredas,
quedamos pendientes.

Por el olvido, por la necesidad de desprendernos
de la tiranía de nuestras huellas,
de los trajes gastados del insomnio,
solo si perdidos diferiremos la dicha
hasta el próximo regreso.

II

Si toda luz es eco de **La Luz**
toda voz es reflejo de **La Voz**
y toda mirada es copia de **La Mirada,**
no podremos
ver en los mínimos espacios del arco iris
otra luz que nos salve
de ser lo que ya hemos sido.

Así los peregrinos, los hijos de los muertos
ahogados o hambrientos.
Llegan de calles polvorientas
a arroparse con la soledad de otros,
a brindar en la copa de los canallas.

III

Afuera está el agua antigua.
Están las madres y sus cielos censurados.

Dioses esperando turno en los corazones.
Están las fuentes donde mueren de sed
los pájaros de la tarde.

Están los pies descalzos de los primeros.

Los colores perdidos del niño que tirita
y los ciegos lanzados al olvido.

Están los hechiceros moviendo la ceniza
y los mercaderes de primavera.

Están por fin los templos y los circos
donde sacerdotes prostituyen corazones.

IV

Al no reconocer lo que porta,
imploré al insomnio evitar el viaje
por las regiones donde los recuerdos.

Sé que dará forma si porta forma,
de los últimos reservorios del desierto
traerá agua granulada de arena.

Ojalá, no medite en el riesgo
de soltar las ataduras y transitar la demencia.

Ojalá, de tanto sentirse solo se anime a saborear
el gesto que todo lo redime.

Llegará el humo de las hierbas
quemadas a su paso y un timbal de media noche
con sonido de plazas y catedrales.
Llegarán caballos montados por guerreros sin escudos.
Lámparas guiando a los comensales
a la mesa de los condenados.
Llegarán miradas de árboles
con el imperceptible sonido de la savia.

A falta de camino

Vimos llover apoyados en las notas del piano de Chopin
como quien, acodado al horizonte contempla la
tormenta.

Mariposa giró en su giro de aire
previo a la nocturnidad de sus alas.

Se llenaron las veredas
de olor a piel mojada.

Los sueños sin edades retornan a ser soñados
—y al soñarnos—
nos devuelven la nostalgia.

Antaño, fuimos menos felices y más hermosos,
regresando de los espejos a las uvas
y al río de cristal que sostenía nuestros huesos.

Esa belleza estéril nos salvó del engaño,
pero no de nosotros.

Por ella predicamos el reinado de la piel
y lloramos ante los atardeceres
violetas de los pasos.
Al encontrar en otros cuerpos
la nota exacta llamábamos música
a ese sonido de huesos.

II

Los poseedores de nuestra belleza perdida
los actuales habitantes del reino de la piel
se persignan en las plazas y jardines,
sonríen ante el pasaje de las comparsas tristes,
y los carnavales muertos,
bailan cuando tambores traen sonido de campanas
y se nutren de miradas.

Por ello son hermosos.

Porque logran escapar de las ansias del agua
y poco les importa ser saciados
si volverán a la misma hambre mañana.

Por ello se visten de azul en los atardeceres
y aman, sin pedir más certezas que el olvido.

III

Te amaré siete días —dijo en una pausa de risa—
El humo de las hierbas llegó de las veredas
y vi al reflejo de mí flotando de alegría.

Bienvenida esta pausa —sonreí—
ahora veré colmar mi sangre sostenido en otras alas.

Los siete días, la certeza de separar
la luz y el agua
como quién separa las lágrimas de la piel.

Así nos miramos a la hora incierta de la luna
perdiéndonos de cada uno
para encontrarnos fundidos en el humo.
Al no poseer más que las horas del sexto día
el insoportable tic tac se repite en las venas
          como el eco de un llanto antiquísimo.
Por eso no lloré, siempre se muere en un séptimo día.

X

En otras playas quienes pretenden escapar del hambre
encuentran muerte de agua, el mar los traga y los
vomita al inicio de la podredumbre
y colmados, llegan a las playas donde las gaviotas.

Agua de los Ahogados

XII de DOS

Pulgar oponible y poco más, homo sapiens, homo eructas,
homofóbicos, pero tapados, casi clausurados.
Homo sapiens o huevo sapiens.
Londres quemada y saqueada, tú eres como yo,
solo boca que besa mi boca.
El baterista no cuenta los golpes, tampoco el percusionista,
los policías sí y los alcahuetes también.
Mentiras y más mentiras, decimoctavo operativa saturación,
nuestras vidas son los ríos
—administrados por Hidrografía—
que van a dar a la mar
—con plataformas petrolíferas—
que es el morir.[1]

1 J. Manrique, Coplas a la muerte de mi padre.

I de TRES

Ese verano devolvimos los pasos
pedidos a la primavera.
Fuimos a lo desconocido como el ave nocturna
a cualquier ventana,
y los barcos trajeron legiones y se perdió el arcoíris
y una nube como sagrada nos persiguió por la playa.
Para no suplicar destinos, más que el destino del agua,
nos abrazamos a la hierba
como un herido descansando de la batalla.

II de TRES

Perdida la piel de los pies, caminamos sobre llagas.
Cerrados los ojos, nos orientamos por el rumor de las olas,
la brisa en la espalda y el sol en la frente.
Cuando la ardiente arena nos quemó la piel
Caminamos sobre llagas.
—Suplicamos—
Algunos niños aplaudieron nuestros pasos
            como a una comparsa triste.
Ahogados por la sed vegetamos como ángeles
amamantándonos mutuamente
                        con el sobrante de sangre.
Secos, vimos volar como ceniza nuestra piel.
Así nos hicimos volcanes y fue tal el fuego de nuestros cuerpos
que nos amamos en el tamborileo de nuestros huesos.

III de TRES

Sin estrellas que nos guíen, sin soles de octubre.
Sin más agua que las lágrimas anduvimos un interminable
sol de espanto.
Matamos a los recién nacidos y glorificamos a los nonatos.
Exorcizamos las catedrales   mezclando agua bendita
con la ceniza de nuestra piel.
Declaramos la guerra a la señal de la cruz y a los cascos azules.
Fornicamos con los impúberes y sacrificamos arañas
para los almuerzos en el campo.
En un giro indescifrable regresamos a la palabra primera
y consagramos la primavera   en un Edén putrefacto.
Descreímos de nuestras madres y por muertas
les dimos la tercera y definitiva muerte.
Nos reproducimos abrazados al Árbol de la Sabiduría,
velamos nuestros cuerpos inertes y prolongamos la vida
masticando la raíz del ajenjo.

IV de TRES

Descendido el Arcángel a anunciarnos la pulverización de los
cielos, proclamamos la reconstrucción del templo de Salomón.
Hicimos en las veredas altares a Antínoo
y desplumamos una paloma por cada estrella desaparecida.
Sin aves, nuestros amaneceres fueron de un fieltro florido
y gozamos como los gorriones en los parques.
Y ahora que digo gorriones recuerdo la redondez
            de nuestros huesos flotando a la luz de la luna
y un diluvio de hojas pernoctando en nuestra almohada,
y durmiendo años sin sueños fusilamos a los que teníanfe,
felicitamos a las prostitutas y estrellamos los rostros
contra el muro de las fobias.

V de TRES

Morimos una muerte   sin almácigos,
brotamos de nuestra simiente como los germinadores escolares.
Transformada en humus nuestra piel seca
vimos renacer las hierbas hasta corporizar a Walt Whitman.
Esa clorofila sin futuro nos aseguró otro siglo de pesares.

VII de TRES

El río trae botellas, atados de cartas no enviadas,
Colillas y cajas de cartón.
Los peces sumergidos en sangre
sangran por nuestras llagas
y llegan moribundos a la cena.
Él nos pidió tirar las redes hacia el poniente
—descreímos—.
Él nos habló de una fe que no entendimos.
Nos amó más allá de merecimientos
y nos pervirtió en las noches del huerto
para que fuésemos testigos.

VIII de TRES

Desoyendo toda prédica,
deshollinamos nuestros tuétanos sin angustias.
Retornamos sin ver por los crepúsculos eternos,
desnudamos la arena y arropamos al sol,
fatigamos las olas como delfines incandescentes.
Derribamos el muro de los dientes,
fuimos y volvimos de los pies hasta el coxis,
nos cortamos las venas, naufragamos sin aliento,
pedimos prestada la piel a la primavera,
vivimos como mendigos,
matamos mariposas todos los meses,
medimos hacia allá y hacia acá
nuestras miradas, madrugamos los domingos
sin misas ni música, morimos por morir
y resucitamos cada miércoles de Cenizas.

Cuando esté muerto

Vi envejecer a los guardianes del fuego y de la puerta
mientras el jugo de milenarias raíces me quemaba las tripas.
Un cansancio como de luz pretendió alejarme del destino de los peces, y mi nombre fue sol o pequeña constelación
o paria de mi tristeza.
Me vi tan claro y tan impúdico, sin cáscaras y abandonado por las partículas.
Busqué mis huesos y ya no dolían de humedades ni de sostener la vida ni de trasmutar la muerte del polvo
a la hora de la fermentación del alma.

Una suerte de abeja casi luciérnaga nace de luz y asciende entre los relámpagos, yo también bebí del Anyico dijo el ancestro yo de la cosecha dijo la muerte y reímos.

Cuando desnudo me supe abrazando la luna un enjambre de cabellos me rescató del espejo.

Cuando esté muerto me extrañaré. No sabré a quién pedirle prestada la piel ni a quien reflejar en el espejo.
Cuando esté muerto me extrañaré, o sea, sentiré nostalgia de mí.

Volveré a sentirme perdido en cualquier casa y sin tener con quién discutir a la hora de la cena.

No hay palabra que valga su peso en oro, la palabra pesa por la virginidad de quien la dice y quien la escucha.
En este arte de combinar los sonidos, los silencios, los ritmos y la célula rítmica. Con las manos marcando la intensidad cuando escribo este texto —fuera de contexto— con el frenesí de un pianoforte.

¿Qué hay dentro de este toro caprichoso y de estas sesenta y cuatro pirámides o tetraedros? ¿Quién sostiene la Cábala y su árbol de la vida?, ¿quién al I Ching y sus sesenta y cuatro hexagramas? ¿Quién pregunta por los sesenta y cuatro cordones del ácido desoxirribonucleico humano? ¿Qué hay dentro de una célula diploide que no esté contenida en una haploide? Óvulos y espermatozoides haploides juntándose para crear una célula diploide. ¿Qué hay dentro de las narices entre el vello púbico de nuestra madre?
Cuando esté muerto me extrañaré, o sea, sentiré nostalgia de mí.

Entonces no necesitaré preguntarme estas respuestas ni
responderme estas preguntas.
Cuando esté muerto robaré los coágulos de quien agoniza,
lameré por lamer lo que una vez evité,
el doblez de las camisas, la marca de sangre en el puñal, los
proyectiles escupiendo laberintos. Cuando ya no logre sostener
el aire en los alvéolos, cuando el recuerdo sea solo otra categoría
y un fracturado hueso me cobre por los excesos.

No reclamaré el sol ni el destino de las lombrices.
Pediré un mapa para reconocer, entre todas las arterias, el vaso capilar que irriga el espacio entre el ombligo y la ingle y nadie reclamará la tristeza ante mi muerte.
Ahora hay aire a la altura de los abanicos. Enciendes la vela con la carga de tus pesares cuando ningún viento siente la intensidad de la llama. Entonces encenderé los laberintos como quien intenta describir los tres esfuerzos primordiales: ser engendrado, nacer, vivir.
Asteroide, meteorito, tierra. Cuando esté muerto me extrañaré, o sea, sentiré nostalgia de mí.

La muerte no llegará por mi esfuerzo.
Será un dejarse estar, construir una atmósfera
perfecta de perfecciones.
Ese hecho ha de ser siempre menor a sus repercusiones.
Ahora solo nos resta besarnos, hacer colisionar nuestros irrigados labios en la artificial atmósfera del deseo. Construimos para no ver, por ello los cortejos piden prestado.
Las marionetas intentan endulzar la acidez de los maridos y de los maricas. Quiero amamantar esta planta y trasplantarla de planeta.
Quiero menos calcio y más enredaderas sosteniendo mis huesos. Ya no creo en la terapéutica del llanto.

Entonces algo estalla.
Un acordeón permite describir sin palabras y un pianoforte contiene el espacio donde las plantas ya no vegetan *entre las flores del alba.*
Entonces pedí ver, detrás del dolor, la necesidad de dolor;
detrás de los manicomios, los locos limpiando sus entrañas, y en esta hora, un espejo en el que puedas verte.
La intensidad reduce el tiempo, se comprimen las moléculas, los crédulos de la intemporalidad del alma
se desvanecen, y al regresar piden palabras que expliquen sus sueños, que contengan gramaticalmente N=3.

Yo quiero comulgar con esa tragedia, quiero vestir/me y desvestir/me de ese vestuario.
Quiero dejar de amamantar para amamantarte. Quiero perder lo perdible en los predios destinados a los presidios, en las granjas que no se congratulan de la fecundidad de las aves.

Toda muerte es siempre menor que la muerte. Todo intento es menor que el hecho.
Muertos los restos de vida, a nadie le importará el arcoíris que los preceda.

Cuando esté muerto, alguien vendrá a contarte de mí como ahora te cuentan. Cuando esté muerto, no nublará mi visión lo ya escrito, y jamás perdonaré el no aborto de mi madre, y jamás perdonaré haber sido elegido como padre.

Tres veces me enfrenté a la tragedia de estar vivo, tres veces elegí escapar de la muerte por la vereda de los soberbios. Y me involucré en aburridas, discretas y serenas conversaciones de mercado donde no fue problema el espacio ni el brillo *de mis adoradores*.

Cuando esté muerto sabré, o no, pero no me importará.

Cuando esté muerto lucharé por no estar muerto alineándome en lo contingente más de lo necesario.
Seré otro. No necesitaré interpretarme. Cuando esté muerto no necesitaré murallas, al no haber lo propio y lo otro.
No necesitaré escribir a propósito de la muerte. Ni hacer los deberes, ni no permitirme.
Cuando esté muerto no pondré entre paréntesis a la muerte. Cuando esté muerto posibilitaré lo posible.
Cuando esté muerto descubriré por fin la imperfección de mi alma.
Despreciaré, o no, las setenta vírgenes.

Cuando esté muerto sabré que una vez me cansé de estar vivo y la frustración será una categoría entre otras.
Cuando esté muerto no necesitaré leer las voces en los ómnibus.
Sabré que no me fue dada la dicha de morir antes que yo.

Cuando esté muerto esta noche no llegará ni a recuerdo
—entonces, ¿a qué el afán?—.

Cuando esté muerto, los muertos que una vez me amamantaron
seguirán estando muertos.

Yo he venido a buscar un libro. He husmeado algunas bibliotecas sin encontrarlo, hipotequé mi salario y me desvestí del humo —lo demás lo dejaremos
a la chusma y su chismerío—. Ahora en mí tiembla la hierba, suenan los timbales y la esquina es una circunferencia dialogando con los círculos.
He tenido el don de no maravillarme. He predicado, sí,
a la hora del naufragio de los dogmas. Cuando sepulté a los que nacieron antes. Y nadie aplaudió.

“Llegará el humo de las hierbas
quemadas a su paso y un timbal de media noche
con sonido de plazas y catedrales.
Llegarán caballos montados por guerreros sin escudos.
Lámparas guiando a los comensales
a la mesa de los condenados.
Llegarán miradas de árboles
con el imperceptible sonido de la savia.

Colección
Lima Lee

